

eP Primera fila **ICULT**

Confesiones de un artista traumatizado

ALBERT BERTRAN

Sexo, cuchillas y Bach

El pianista inglés James Rhodes reflexiona en el libro 'Instrumental' sobre los abusos sexuales que sufrió en la infancia y el poder curativo de la música clásica

El pianista James Rhodes, el jueves en Barcelona.

RAFAEL TAPOUNET
BARCELONA

La historia de James Rhodes (Londres, 1975) debe ser contada desde el principio, por muy crudo que resulte. Y el principio es que James Rhodes fue violado por un profesor de gimnasia cuando solo tenía 6 años y que los abusos se sucedieron con dolorosa frecuencia durante los cinco años siguientes. No es fácil construir una vida a partir de unos cimientos como esos.

«Si comparásemos la vida con correr un maratón, los abusos sexuales en la infancia tendrían el efecto de quitarte una de las piernas y cargarte con una mochila llena de ladrillos en la línea de salida», escribió Rhodes en un artículo publicado en el *Daily Telegraph* en el 2012. El suyo ha sido un maratón lleno de episodios escalofriantes: ha sufrido múltiples trastornos físicos y mentales, ha sido adicto al alcohol, al sexo y a las autolesiones con cuchillas de afeitar, ha protagonizado cinco intentos de suicidio, ha sido internado a la fuerza en un hospital psiquiátrico, se ha arruinado, ha visto hundirse su matrimonio y ha perdido la custodia de su hijo. Y ha trabajado en la City de Londres, que es otro tipo de experiencia traumática. De manera bastante asombrosa, Rhodes también ha conseguido forjarse

en escena

Clásica con 'contenido explícito'

James Rhodes no es un concertista de piano al uso. No puede serlo alguien que abre su primer libro con la frase «la música clásica me la pone dura». Desde sus inicios, la poca ortodoxa carrera de Rhodes ha sido una cruzada contra los rígidos convencionalismos de una escena que sigue aferrada a los códigos de los años 30. «No dejes que unos pocos imbéciles vetustos y endogámicos impongan cómo debe presentarse esta música inmortal, increíblemente maravillosa», escribe en *Instrumental*.

Él sigue a pies juntillas su propio consejo. En sus discos, huye de las apolilladas portadas de toda la vida –«¡ya está bien de acuarelas francesas y de tipos con frac!»– y elige imágenes más propias del universo rock.

ENTRE SUPERHOMBRES Y TARADOS // En sus conciertos viste como el integrante de un grupo de pop independiente, con camisetas, vaqueros y zapatillas deportivas (y el nombre de Rachmáninov en cirili-



►► 'Now would all freudians...' (2010).



►► Carátula de 'Jimmy' (2012).

co tatuado en su antebrazo izquierdo), y entre pieza y pieza va soltando parrafadas llenas de palabras malsonantes (su disco en directo *Jimmy* es la primera grabación de música clásica en la que aparece la pegatina *Advertencia para padres: contenido explícito*) sobre las obras que interpreta o sobre las vidas de los compositores, a los que presenta como una mezcla de superhombres y de tarados sin remedio (en la Konzerthaus de Viena llegó a comparar el poco agraciado aspecto

físico de Schubert con el del futbolista francés Franck Ribéry).

«En el fondo todos esos grandes compositores eran seres profundamente humanos que utilizaban la creación musical para lidiar con su locura –apunta Rhodes–. Algunos eran gente espantosa. Chopin, por ejemplo, era un racista, un trepa, un hombre horrible. Que alguien así pueda dejar un legado tan maravilloso y duradero es extraordinario. Y, la verdad, da que pensar».

una notable carrera como concertista de piano y divulgador televisivo, a sus 40 años, no solo está vivo, sino que además es un hombre razonablemente feliz.

DEMANDA DE LA EXMUJER // De todo ello habla con franqueza desarmante en un libro autobiográfico, *Instrumental. Memorias de música, medicina y locura*, que Blackie Books acaba de publicar en castellano y que estuvo a punto de no ver la luz a causa de un pleito judicial. Una copia del manuscrito llegó a manos de la exmujer de Rhodes –a la que el pianista trata en el libro con un tacto exquisito– y su reacción fue movilizar a un equipo de abogados para intentar impedir la publicación, alegando que las escabrosas confesiones allí contenidas podían causar un daño psicológico irreparable al hijo de ambos. Tras un primer fallo judicial favorable al autor y a la editorial, el tribunal de apelación dio la razón a la demandante.

«Eso me dejó hecho polvo –explica Rhodes mientras da sorbos a un café con leche en la terraza de un céntrico hotel barcelonés–. El hombre que me violó me advirtió una y otra vez de que si se me ocurría explicar lo que pasaba me iban a suceder cosas terribles. Y yo guardé silencio durante 30 años. Ahora unos jueces me decían exactamente lo mismo,